

ANGELOS CHANIOTIS

LA ERA DE LAS CONQUISTAS

El mundo griego de Alejandro a Adriano  
(336 a. C.-138 d. C.)

Traducción de  
DAVID LEÓN GÓMEZ

PASADO & PRESENTE  
BARCELONA

## INTRODUCCIÓN

Alejandro de Macedonia, hijo de Filipo ... derrotó a Darío, rey de los persas y los medos, y reinó en su lugar ... Suscitó muchas guerras, se apoderó de plazas fuertes y dio muerte a reyes de la tierra. Avanzó hasta los confines del mundo y se hizo con el botín de multitud de pueblos ... Reinó Alejandro doce años y murió.

Sus servidores entraron en posesión del poder, cada uno en su región. Todos a su muerte se ciñeron la diadema y sus hijos después de ellos durante largos años, y multiplicaron los males sobre la tierra.

Este fragmento del primer libro de los Macabeos, texto hebreo de finales del siglo II a. C. que ha llegado a nosotros en su traducción al griego, constituye un resumen subjetivo de lo que tradicionalmente se ha llamado «la época helenística», que abarca el tiempo transcurrido entre las campañas de Alejandro (334-324 a. C.) y la muerte de Cleopatra (30 a. C.). La perspectiva del autor es la de un representante comprometido de una provincia conquistada que tomó las armas contra los reyes griegos y sus seguidores judíos helenizados.

Hay motivos de peso para comenzar un libro de la historia de los griegos en una época cosmopolita citando un texto judío, en primer lugar, porque pone de manifiesto la existencia de puntos de vista distintos y enfrentados; en segundo lugar, por proceder de una obra que, aun desafiando la dominación política y cultural griega, se difundió gracias al uso del griego como lengua franca, y en tercer lugar, porque el período helenístico debe su nombre a los «helenistas», el colectivo de los judíos que adoptaron las costumbres propias de los griegos. El texto elegido refleja algunos de los contrastes y contradicciones del período.

¿Qué es el período helenístico? ¿Por qué lo estudiamos? ¿Resulta apropiado extender la fecha en que se ha situado por tradición su final (30 a. C.) para examinarlo junto con los primeros ciento cincuenta años del período imperial como una «larga era helenística»? En cuanto al comienzo, no hay duda de que Alejandro Magno representa un antes y un después en la historia de la antigua Grecia. La creación de dinastías por parte de sus sucesores es quizás el aspecto más visible y sin duda más novedoso de las décadas que siguieron a su muerte. No cabe duda de que en la tierra se multiplicaron los males, aunque tal vez no fuesen los mismos que tenía en la cabeza el autor del libro de los Macabeos —la opresión religiosa y cultural de los judíos—, sino, por supuesto, los causados por las guerras interminables, la deuda privada y pública y los conflictos civiles. Claro está que caracterizar la época helenística simplemente como un tiempo de grandes calamidades resulta parcial y erróneo. Este período histórico es más que la suma de las guerras entre los sucesores de Alejandro, las dinastías que fundaron, Roma, las tribus bárbaras, los reinos foráneos, las ciudades y las federaciones. ¿Qué más cabe considerar sobre estos tres siglos?

En nuestra lengua cotidiana decimos que alguien ha cometido un error *colosal* o que una persona soporta *estoicamente* las adversidades de la vida. Nos referimos a exquisiteces *epicúreas* y estando de vacaciones fuera de casa podemos sentir la tentación de visitar un *museo*. Hay quien, en el colegio, odiaba la geometría *euclidiana* y quien la amaba. Cuando damos de manera inesperada con la solución a un problema, puede ser que exclamemos: «¡Eureka!», y, aunque quizá no entendamos cómo funcionan, las bombas y los cilindros *hidráulicos* forman parte de nuestra vida. Lo que tienen en común todas las palabras destacadas es que se originaron en la edad helenística. Las escuelas filosóficas de los epicúreos y los estoicos se fundaron a finales del siglo IV a. C.; *Eureka!* («¡Lo he encontrado!») es lo que exclamó supuestamente Arquímedes en torno a 230 a. C., cuando reparó en que el volumen de agua que desalojaba al meterse en la bañera era igual al de la parte del cuerpo que había sumergido, y Euclides fue un matemático que vivió en Alejandría a principios del siglo III a. C., en tiempos de Ptolomeo I, el rey que fundó el Museoion o «templo de las musas», centro de aprendizaje anexo a su palacio. En él, el matemático e ingeniero Ctesibio aplicó sus conocimientos relativos a la fuerza del agua para crear el primer *hýdraulis* u órgano hidráulico, que funcionaba con la presión de dicho elemento. El Coloso era una estatua gigantesca del dios solar erigida en el puerto de Rodas en 280 a. C.

y considerada, junto con el no menos monumental Faro de Alejandría, una de las Siete Maravillas del mundo. Para evaluar el impacto de un período histórico, vale la pena examinar las palabras o expresiones que ha legado a la posteridad.

Los logros científicos, artísticos, intelectuales y culturales como los citados no pueden ni deben estudiarse fuera de contexto. El Museo de Alejandría, su biblioteca y las innumerables contribuciones de los eruditos y científicos que allí trabajaron no habrían existido si Alejandro no hubiera fundado la ciudad epónima de Alejandría o de no haber puesto los reyes que gobernaron el Egipto helenístico sus ingentes recursos al servicio del conocimiento. El traslado del núcleo cultural de Atenas, en Grecia, a Egipto y Asia formó parte de un proceso que comenzó con el asentamiento de inmigrantes griegos en ciudades de reciente formación en los territorios conquistados por Alejandro. El Coloso se erigió para conmemorar una victoria militar, el Faro de Alejandría estaba ligado a la importancia creciente del tráfico marítimo en el Mediterráneo oriental y la filosofía estoica se instauró en dialéctica constante con los acontecimientos sociopolíticos. La historia de los conflictos sociales, las guerras y los experimentos e innovaciones políticos de las ciudades y reinos de la edad helenística resulta indispensable para entender el arte y la ciencia, la filosofía y la literatura, la tecnología y la religión. Estos, y otros que se mencionarán más adelante, son motivos de peso para estudiar dicho tiempo. Las campañas de Alejandro constituyen un buen lugar para empezar, pero ¿dónde ponemos el punto final?

El estudio de la edad helenística termina tradicionalmente con el suicidio de Cleopatra en 30 a. C. y la anexión de su reino egipcio por parte de Roma. Este es, sin duda, un hito importante en la historia política, que marca el final del último reino helenístico de relieve y el principio de un principado, forma de gobierno monárquico que cobró forma en tiempos de Augusto y sus sucesores. Sin embargo, 30 a. C. no constituye ningún punto de inflexión en la historia de la sociedad, la economía, la religión ni la cultura. En la edad helenística se observan tendencias que se prolongaron durante los dos siglos posteriores a la muerte de Cleopatra. A fin de entenderla en toda su extensión, tenemos que considerar las fuentes posteriores a aquel año. A la inversa, resulta imposible entender las instituciones políticas, la organización social, la economía, la cultura y la religión del Oriente grecorromano de los dos primeros siglos del período imperial sin tomar en considera-

ción sus raíces helenísticas. El que va de las campañas de Alejandro en el este al reinado de Marco Aurelio (161-180 d. C.) aproximadamente debería estudiarse como un único período histórico para el cual introducimos aquí la expresión «larga era helenística». Aunque en este lapso de unos quinientos años cabe reconocer varias fases diferenciadas —que corresponden a la división en capítulos de este libro—, los acontecimientos se desarrollaron de manera continua.

La narración histórica del presente volumen termina con la muerte de Adriano en 138 d. C., si bien las condiciones de las provincias de habla griega no cambiaron con su sucesor, Antonino Pío. Los cambios empezaron a producirse con el comienzo de las guerras de Marco Aurelio contra los partos, ocurridas en 161 d. C. Si hemos elegido el reinado de Adriano como final de este libro no es porque sea más conocido al lector medio que el de su sucesor ni porque consolidara las fronteras del Imperio romano y pusiese fin a la gran ofensiva emprendida en tiempos de su predecesor, Trajano, sino porque la fundación del Panhelenio —el consejo que, al menos en teoría, unió a todas las ciudades de origen griego— cierra simbólicamente el círculo que se abrió con los empeños de Filipo II de Macedonia y su hijo Alejandro en unir a todos los griegos. Dado que esta unión —o su ausencia— constituye uno de los temas de mayor amplitud de este libro, resulta apropiado enmarcar la narración en la alianza panhelénica de Filipo y Alejandro y el consejo panhelénico de Adriano.

Alejandro emprendió la campaña contra el Imperio persa a la cabeza de una alianza griega con el objetivo declarado de liberar a las ciudades helenas de Asia Menor que se hallaban dominadas por los bárbaros y de vengar la destrucción de diversos santuarios griegos por los persas en 480 a. C. Nunca perdonaría a los espartanos, potencia de relieve que omitió unirse a la alianza y le impidió con ello aseverar que estaba acaudillando la causa de *todos* los griegos. Consagró su primera victoria, obtenida en el río Gránico, a Atenea en Atenas. En la breve inscripción se hacía escarnio del único enemigo al que no había logrado derrotar en combate directo: «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, menos los lacedemonios, [dedican estos despojos procedentes] de los bárbaros que habitan Asia». Adriano no trató de triunfar donde él había fracasado: su Panhelenio no tenía nada en común con la alianza militar de Alejandro. Es precisamente el contraste existente entre dos concepciones distintas de unidad griega —una destinada a hacer frente a un enemigo bárbaro y la otra concebida para congregar a los grie-

gos dentro del marco administrativo del Imperio romano— lo que hace del reinado de Adriano un momento muy adecuado para concluir este libro.

Cuatro siglos y medio después de la campaña de Alejandro, las ciudades griegas —esta vez todas— volvieron a verse sometidas a una potencia imperial: Roma. Pela, el lugar que vio nacer a aquel, se había convertido en colonia romana; Alejandría, su ciudad epónima en Egipto, seguía siendo el puerto más importante del Mediterráneo, por más que hubiese perdido la significación en cuanto centro de poder político que había revestido durante la mayor parte del siglo III a. C. Pese a los cambios descomunales que se produjeron en dicho poder en casi todas las áreas del Imperio romano en las que vivieron los griegos y quienes hablaban su lengua, lo que no cambió fue la existencia de una identidad griega separada que distinguía a los helenos de los otros. Está plenamente justificado estudiar la historia de los griegos dentro del imperio, del mismo modo que cabe estudiar la de los judíos, los germanos, los íberos, los britanos o cualquier otro de los colectivos a él sometido. Hay que reconocer que dicha entidad «griega» era flexible y adaptable. Los autores helenos más astutos podían incluso declarar que los romanos descendían de una tribu griega si tal cosa les ayudaba a asimilar la dominación romana. Las ciudades helenizadas de Asia Menor podían entrar a formar parte del Panhelenio inventando pruebas que demostrasen que debían su fundación a héroes o colonos griegos. Casi cualquier persona que hubiera recibido una educación griega y habitase en una ciudad de origen griego —real o ficticio— podía ser considerada griega con independencia de que su nombre tuviera origen griego, tracio, iranio o romano.

Puede que los intelectuales de Atenas, Éfeso y Alejandría mirasen con desdén a las poblaciones helenizadas de Asia o los Balcanes; pero en el mundo cosmopolita del Imperio romano, dotado de extensas redes políticas, económicas, culturales, sociales y religiosas, la «historia de los griegos» no puede limitarse a las regiones en las que existían ciudades y colonias griegas antes de las campañas alejandrinas, sino que debe considerar también las regiones en las que se asentaron los griegos en el imperio de Alejandro y los reinos de sus sucesores. Del mismo modo, el enfoque que aquí se presenta de la historia de los griegos de Alejandro a Adriano es inclusivo desde el punto de vista geográfico. Se prestará especial atención a las áreas mejor representadas en nuestras fuentes y con mayor concentración de comunidades grie-

gas: la Grecia continental, el Egeo, Asia Menor, Siria, la Cirenaica y el Delta del Nilo. Sin embargo, se ha intentado incluir, tanto en los capítulos que siguen como en el resumen de acontecimientos políticos, sociales, religiosos y culturales de relieve que se añade al final, a los griegos occidentales de Sicilia y el sur de Italia, a las ciudades griegas del litoral septentrional del mar Negro y a los helenos del Asia central (Afganistán, Pakistán y el norte de la India).

Los factores unificadores de la «larga era helenística» que la distinguen también de los períodos precedentes son la importancia de la monarquía; el marcado impulso imperialista que caracterizó la política tanto de los reyes helenistas como del Senado romano; la estrecha interdependencia de los sucesos políticos de los Balcanes, Italia, la región del mar Negro, Asia Menor, Oriente Próximo y Egipto; la mayor movilidad alcanzada por las poblaciones de estas áreas; la propagación de la vida y la cultura urbanas; los avances tecnológicos, y la homogeneización gradual de la lengua, la cultura, la religión y las instituciones. La mayor parte de dichos fenómenos no existía en magnitudes similares antes de las campañas de Alejandro.

Este período fue la verdadera edad griega en un sentido en el que no lo fue ninguna de las que la habían precedido en su historia. Muchos de los fenómenos que se observan en la «larga era helenística» hallan un elemento paralelo en el mundo moderno y la «modernidad» de dicho período histórico hace mayor el atractivo que posee tanto para historiadores como para observadores despiertos de nuestro tiempo. Comentaremos brevemente cuatro de ellos: la globalización, las megaciudades, las nuevas religiones y las formas de gobierno.

La interconexión de vastas regiones de Europa, Asia y el norte de África ha llevado a considerar con justicia el mundo helenístico y el Imperio romano ejemplos tempranos de globalización. Claro está que el término moderno solo puede usarse de forma muy matizada en este contexto. En primer lugar, las redes helenísticas y romanas no abarcaban todo el planeta, sino solo lo que los contemporáneos llamaban *ecúmene*, y en segundo lugar, en aquel período eran muchos quienes pensaban en la tierra habitada no como un globo, sino como un disco rodeado por el Océano. Con todo, la magnitud de la conectividad que se daba en las regiones conocidas por griegos y romanos no deja de resultar impresionante. Las conquistas de Alejandro no crearon un imperio duradero, pero engendraron una red política descomunal de reinos, dinastías semiindependientes y polis (ciudades-estado) que se ex-

tendía desde el Adriático hasta Afganistán y desde Ucrania hasta Etiopía. Todos estos estados mantenían relación con Italia, las colonias griegas del sur de Francia, la norteafricana Cartago y el Imperio mauriano de la India, de modo que conformaban una red que comprendía la totalidad del mundo conocido a excepción de la China. La expansión romana amplió este mundo interconectado al añadir la Europa central y occidental y partes considerables del norte de África. Ya a mediados del siglo II a. C., Polibio, estadista e historiador que abordó las primeras fases de la expansión romana, fue consciente de esta red que ocupaba todo el Mediterráneo e introdujo para ella el término *symploké* («entrelazamiento» o «enredo»; véase la p. 120).

La de cómo afectó este cambio a las vidas de las gentes y a las instituciones y culturas de comunidades muy heterogéneas constituye una cuestión fascinante. A simple vista, se observa una mayor uniformidad en varios aspectos existenciales. El griego se convirtió en la lengua franca de los reinos helenísticos de Asia y África y siguió siéndolo en las provincias romanas orientales. Además, se empleó con frecuencia en Italia y las provincias occidentales, sobre todo entre intelectuales e inmigrantes del levante. Las instituciones legales griegas y romanas alcanzaron regiones remotas. La mayoría de los aspectos de la cultura, desde la aparición de ciudades hasta el cabello y el vello facial de los hombres o el peinado de las mujeres, pasando por el estilo de las obras de arte o la forma de las lámparas que se empleaban para iluminar las actividades nocturnas, desde las técnicas del discurso retórico hasta las formas de diversión, presentaban un grado de conformidad apabullante que seguía las tendencias desarrolladas en los principales centros políticos y culturales.

Llamar a estos procesos de convergencia cultural *helenización*, en lo referente al período helenístico, y *romanización*, en lo que toca al imperial, tal como se ha hecho tradicionalmente resultaría engañoso, pues, en tanto que estos términos suponen una relación unilateral entre el centro y la periferia, el desarrollo de una *koiné* (o forma común de expresión) cultural en la «larga era helenística» fue resultado de procesos más prolongados y mucho más complejos. Los protagonistas no fueron solo personas dotadas de autoridad política, sino también artistas itinerantes, oradores y poetas, soldados y esclavos, así como magos e intérpretes de sueños que cruzaban fronteras. La mayor movilidad que se daba en aquellos reinos multiétnicos y el Imperio romano se tradujeron en la convergencia cultural y una fusión de ideas religiosas

en lo que llamamos *sincretismo*. Por lo tanto, cuando se habla en estas páginas de «helenización» y de «helenizados», nos referimos solo a la adopción de la lengua y la escritura griegas por parte de poblaciones no griegas, sin perder de vista en ningún momento que bajo la superficie de un idioma común perseveraron costumbres locales e identidades distintas. Las inscripciones bilingües o trilingües que conservamos en latín, griego y egipcio, griego y hebreo, latín y arameo, etc. son expresiones visibles de la eterna complejidad cultural. El intercambio dinámico que se dio entre los griegos, las poblaciones locales de Asia y Egipto y, más tarde, los inmigrantes llegados de Italia fue transformando la cultura de forma continua. Aunque en las prácticas religiosas y los antropónimos se dan, de forma evidente, elementos no griegos, estos también existieron, sin lugar a duda, en toda una variedad de fenómenos que van de los mitos, la memoria histórica y las ideas relativas a la vida de ultratumba a las costumbres sociales, las prácticas funerarias, la vestimenta, la preparación de los alimentos y la forma de cultivar el suelo.

Por supuesto, el multiculturalismo se presentaba de un modo más evidente en las «megaciudades» de aquel período. No cabe comparar urbes como Alejandría, Antioquía, Atenas, Éfeso, Tesalónica, Corinto y Pérgamo, cuyas poblaciones iban de los cien mil al millón de habitantes, con las megaciudades modernas, que cuentan con más de diez millones de almas; pero lo cierto es que a sus contemporáneos sí les parecieron descomunales. A principios del siglo III a. C., el poeta Teócrito presenta en estos términos la reacción de dos mujeres, inmigrantes de Siracusa a Alejandría, mientras pasean por una calle atestada de viandantes durante una festividad religiosa: «¡Cielos, qué gentío! ¿Cómo vamos a atravesar esta marabunta? Vamos a tardar una eternidad. ¡Si parecen hormigas! No sabría decir ni cuánta gente hay». Los problemas que planteaban a sus habitantes las grandes ciudades de población heterogénea, como Alejandría, pueden resultarnos conocidos: seguridad, tensión entre gentes de orígenes distintos, anonimato, sensación de abandono, deseo de pertenecer a un grupo... Cuanto menos marcada se hizo la intervención política de los ciudadanos en sus comunidades, más creció la necesidad de compensar su pérdida con la participación en otras formas de comunidad (religiosa, profesional, etc.).

Igual que ocurre en nuestro mundo, algunas de estas necesidades obtuvieron respuesta en «nuevas religiones» que prometían seguridad

en vida y dicha tras la muerte. Se importaron cultos exóticos que se adaptaron al entorno griego y organizaron a sus devotos en asociaciones voluntarias que eran a un tiempo exclusivas, pues requerían una iniciación, e inclusivas, ya que, por lo común, eran accesibles a sus seguidores con independencia de su origen, su sexo y su posición social. Los integrantes de estas comunidades, religiosas o de otra índole, compartían cierto sentido de identidad.

Pese a la posición predominante de los reinos y los estados federales de relieve, la polis siguió siendo el escenario principal de la vida política, social y religiosa. En ningún otro período de la historia griega, ni siquiera en la edad de las colonizaciones que se produjo desde el siglo VIII hasta el VI a. C., se fundaron tantas ciudades como a finales del IV y en el III. Las polis viejas y las nuevas, y más tarde las colonias romanas creadas en Grecia, Asia Menor y Oriente Próximo desde finales del siglo I a. C. hasta principios del II d. C., poseían cierta forma de soberanía y amplia autonomía que, sin embargo, se vio restringida mediante intervenciones reales, en primer lugar, después de 146 a. C., a través de la creación de una Administración provincial romana, y, más tarde, con la presencia abrumadora del emperador romano. Aunque retuvieron algunas instituciones que permitían la participación de los ciudadanos en la toma de decisiones, como la asamblea popular, dependieron cada vez más de las contribuciones de benefactores adinerados. Esto, sumado a la intervención directa de los reyes y las autoridades romanas en favor de instituciones oligárquicas, fue transformando las ciudades de manera gradual de democracias moderadas, en las que los ricos tenían que negociar su poder con la ciudadanía, competían con sus iguales por los puestos administrativos y se veían obligados a dar cuenta de sus actos, a oligarquías en las que los derechos y el poder políticos dependían de los títulos de propiedad. Este contraste entre la soberanía nominal del pueblo, por un lado, y la participación y el poder real que poseía, por el otro, que no nos resulta precisamente desconocido en las democracias actuales, se tradujo en la adopción por parte de las minorías selectas —y también de los reyes— de un proceder histriónico destinado a crear un equilibrio entre la afabilidad fingida y una oportuna distancia, que recuerda al populismo moderno. Los alzamientos ocasionales de los endeudados, los desposeídos, los menos privilegiados y los discriminados no originaron reformas. El imperio de los «notables» no tenía nada que temer siempre que estos estuvieran dispuestos a gastar parte de su riqueza en lo que hoy llamamos «gasto

público». Las relaciones sociales que se dieron en la «larga era helenística» estaban fundadas en formas complejas de reciprocidad.

Estos rasgos de evidente actualidad se presentarán, sin duda, al público moderno como un aspecto chocante del período histórico que se aborda en este libro. Con todo, los lectores antiguos habrían quedado fascinados con otros dos elementos que ofrecen en abundancia los períodos helenístico e imperial: los *peripéteiai* (las mudanzas repentinas de la fortuna, de donde *peripecia*) y los *parádoxa* (fenómenos inesperados). La «larga era helenística» nos enfrenta a contrastes y contradicciones: la persistencia de tradiciones y revoluciones tecnológicas, como el desarrollo del mecanismo de Anticitera, un complejo aparato que daba cuenta de la posición de determinados cuerpos celestiales y de los ciclos del Sol y la Luna; la convivencia de racionalidad y superstición, monarquía y participación popular, el mundo de tamaño reducido de la polis y el descomunal de los reinos y el imperio, lo local y lo universal. Proporciona el contexto cultural en el que surgió el cristianismo y ofrece no poco material de reflexión a los observadores despiertos de nuestro tiempo. Cabe esperar que estos sean motivos suficientes para indagar en las páginas de este volumen.

## ÍNDICE

<i>Prefacio</i> .....	9	
<i>Mapas</i> .....	12	
<i>Introducción</i> .....	29	
1. ASÍ EMPEZÓ TODO:		
DE MACEDONIA A LA ECÚMENE (356-323 a. C.).....	39	
2. LOS SUCESORES:		
AVENTUREROS Y ARQUITECTOS DE REINOS (323-275 a. C.).....	61	
3. LA «ANTIGUA» GRECIA EN EL BREVE SIGLO III:		
LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA, LA LIBERTAD Y LA HEGEMONÍA (279-217 a. C.) .....	89	
4. LA EDAD DORADA DE LOS PTOLEMAICOS (283-217 a. C.) .....		109
5. REYES Y REINOS .....		121
6. LA CIUDAD-ESTADO EN UN MUNDO DE FEDERACIONES E IMPERIOS .....		161
7. ENTRELAZAMIENTO:		
LA LLEGADA DE ROMA (221-188 a. C.) .....	189	
8. DE ESTADOS GRIEGOS A PROVINCIAS ROMANAS (188-129 a. C.) .....		219
9. DECADENCIA Y CAÍDA DE LOS REINOS HELENÍSTICOS DE ASIA Y EGIPTO (188-180 a. C.) .....		239
10. EL CAMPO DE BATALLA DE LAS AMBICIONES EXTRANJERAS (88-30 a. C.) .....		255
11. EL ORIENTE ROMANO:		
HISTORIAS LOCALES Y SU CONTEXTO MUNDIAL (30 a. C.-138 d. C.).....	283	
12. EMPERADORES, CIUDADES Y PROVINCIAS DE AUGUSTO A ADRIANO (30 a. C.-138 d. C.).....		313

13. CONDICIONES SOCIOECONÓMICAS: DE CIUDADES GRIEGAS A UNA RED «ECUMÉNICA».....	347
14. TENDENCIAS SOCIOCULTURALES: BENEFACTORES, EFEBOS, ATLETAS, MUJERES Y ESCLAVOS .....	377
15. DEL CULTO CÍVICO AL MEGATEÍSMO: LAS RELIGIONES EN UN MUNDO COSMOPOLITA.....	407
16. LOS GRIEGOS Y LA ECÚMENE .....	453
<i>Cronología</i> .....	469
<i>Referencias y fuentes</i> .....	477
<i>Bibliografía</i> .....	507
<i>Índice alfabético</i> .....	517
<i>Mapas e ilustraciones</i> .....	537